

rito. Yo no acuso á nadie, señores, ni busco las causas de tanta desolación; señalo un hecho que todos palpamos, y, haciéndome eco de nuestro dignísimo Prelado, del venerable capítulo metropolitano y del clero y fieles de la Arquidiócesis, deploro este hecho con todos y por todos.

Perdón Santo Pastor y amado Padre nuestro! nuestra ingratitud á tus beneficios ha armado contra nosotros la divina justicia; las innumerables gracias que hubiéramos recibido por la eficacia de tus ruegos, han sido suspendidas, y los castigos, que tu oración hubiera evitado, han caído sobre nuestras cabezas culpables y nos tienen conturbados y afligidos.....Perdón, una y mil veces, Pontífice de la Iglesia Peruana! De rodillas delante de tu estatua, te pedimos, que, como amoroso Padre, tiendas un velo de olvido sobre nuestra conducta pasada, te acuerdes de que somos tu grey é interpongas tu mediación, á fin de que se suspenda el azote que nos hiere. Por nuestra parte, gloriosísimo Protector nuestro.....(1)



(1) No concluye el manuscrito que tenemos á la vista (Nota del Editor)



XII

Grandeza de María

Sermón pronunciado en la Iglesia parroquial de la ciudad de Chorrillos, el Domingo 6 de Junio de 1869, día de la conclusión del mes de María.

Fecit mihi magna qui potens est.

Ha hecho en mí grandes cosas el que es todopoderoso.—S. Luc. c. I v. 49.

Mis hermanos:

YO ENCUENTRO más admirables las infinitas humillaciones del Verbo encarnado que los inefables resplandores de su gloria divina. Contemplo lleno de júbilo á Jesucristo en el Tabor, y no puedo mirarlo sin asombro crucificado en el Calvario. Que la Majestad del Excelso brille en las alturas, proclamando á la faz del cielo y de la tierra esa generación eterna, que no pudieron cantar los inspirados labios de Isaías: esto, mis hermanos, por glorioso que sea para Jesucristo, es, sin embargo, debido al augusto carácter de su divina persona; pero que el Redentor del mundo, saturado de oprobios y abrevado de amargura, haga estremecer los cielos y la tierra con esta palabra, cuyo sentido se pierde en las profundidades de Dios: "Dios mío, Dios mío, por qué

me has abandonado.....” ¡Ah, mis queridos hermanos, este es un misterio, en cuyos abismos insondables se confunde y se pierde mi pobre razón.

Y sin embargo, la sabiduría eterna ha unido, con vínculo indisoluble y perpetuo, en el magnífico plan de la rehabilitación humana, la humillación y la grandeza, el abatimiento y la gloria: ley suprema, que preside los destinos de la humanidad regenerada, y cuyo tipo inmortal fué N. S. J. C., según esta sencilla frase del evangelista San Lucas: SIC OPORTUIT PATI CHRISTUM ET ITA INTRARE IN GLORIAM SUAM; *así convino que padeciera Cristo para que así entrara en su gloria.*

María entre las puras criaturas, nos presenta el modelo de las más profundas humillaciones y de la más encumbrada grandeza; la Omnipotencia de Dios ha brillado igualmente, al humillarla y al engrandecerla; y si su gloria excede á la de todos los justos, á la de todos los santos y á la de todos los ángeles, sólo es porque sus humillaciones han sobrepasado á las de todos los hombres.

He aquí el plan de este discurso, consagrado á elogiar las grandezas de María, que concreto en este sólo pensamiento: María es la más grande y la más gloriosa de todas las criaturas, porque fué la más humillada y abatida entre las hijas de los hombres.

Reina soberana de los ángeles y de los hombres, de tí brotan los raudales de divina inspiración de los oradores sagrados, porque tú eres el trono resplandeciente de la Sabiduría increada. Por los intereses de tu gloria no rehuses á mi ministerio esa dádiva celestial. *Ave gratia plena.*

PENSAMIENTO ÚNICO

De tres maneras diferentes permitió la divina Providencia que fuera humillada la Santísima Virgen, á fin de que, bebiendo con hartura en el torrente de las tribu-

laciones, pudiera levantar su cabeza, que nunca inclinara ya, ni el fiero dolor, ni el cruel pesar.

La una, ocultando entre espesísimas tinieblas todos los títulos de su grandeza humana y los mucho más nobles de sus excelencias divinas; la otra, hiriendo su corazón maternal con las severidades aparentes que Jesucristo empleó para tratarla, y, por último, asociándola á los oprobios, á las humillaciones y á las ignominias, que la ingratitude de los hombres hizo gustar á nuestro Divino Salvador. Al desarrollar entre vosotros, el cuadro de las humillaciones de María, me propongo persuadiros de que solo la Omnipotencia de Dios ha podido procurárselas en ese grado, sólo inferior al de su Divino Hijo; y justificar por tanto la verdad con que María puede decir, hablando de las humillaciones de su vida mortal: *FECIT MIHI MAGNA QUI POTENS EST*

María, vástago ilustre de la casa de David, realzaba la nobleza de su esclarecido linaje, con la modesta oscuridad de una vida pobre y retirada. Como hija de David, tenía derechos incontestables á una posición ventajosa en el pueblo de Israel; y sin embargo, este título, que hubiera podido ser el fundamento de su grandeza entre los hombres, es enteramente desconocido por los habitantes de la Judea, é intencionalmente silenciado por los escritores bíblicos, que jamás la llaman sino con el nombre de María, y que, tratando de darla á conocer, antes de referir el misterio de la Encarnación operado en su seno, hablan de ella, como de la última de las mujeres, diciendo: “Fué enviado el ángel Gabriel por Dios á una ciudad de la Galilea que tiene por nombre Nazaret, á una Virgen desponsada con un varón, cuyo nombre era José, y el nombre de la Virgen María”. (1).

¿Se puede sospechar, escuchando este lenguaje, que

(1) S. Lucas, c. I, VI y siguientes.

se trata de una augusta princesa de la casa de Israel? Y para que esta humillación fuera mayor, no habita en la patria de David y de sus ilustres antepasados, sino en una ciudad, que soportaba todo el desprecio del pueblo judío, hasta el punto de ser un axioma recibido, "que nada bueno podía salir de Nazaret". Y para que su noble descendencia fuera envuelta por oscuridades impenetrables, vive en la más miserable indigencia y une su suerte á la de un pobre artesano, no siendo reconocida, desde entonces, con otro título, que el de "esposa de un carpintero". ¡Oh grandezas inefables de mi Dios! que sabes ocultar bajo de un título tan modesto, la sublime dignidad de la criatura más grande de la creación.

Y ¿qué pensarémos de los dones de alma y cuerpo, con que la enriquecería el Espíritu Santo, como que la preparaba para ser el riquísimo tabernáculo del Verbo Divino? Los evangelistas guardan un profundo silencio sobre este particular, sin duda para que se verificase en toda su plenitud esta profecía de David: *OMNIS GLORIA FILIAE REGIS AB INTUS* (2): *Toda la gloria de la hija del rey está en lo interior*. Sí, mis hermanos: las virtudes y las divinas perfecciones de María, serán vistas únicamente, por aquel Dios que debe recompensarlas, sin que la admiración de los hombres, las haga perder nada de su inefable pureza.

Elevémosnos ahora á más altas consideraciones y veamos cómo la maternidad divina fue para María el origen fecundo de humillaciones sin medida.

Para que llevase con dignidad el augusto carácter de Madre de Jesucristo, plugo al Omnipotente apartar de su cabeza la maldición que pesaba sobre nuestra raza, no permitiendo que el inficionado aliento de la serpiente infernal profanase, ni por un momento, el

(2) Salmo XLIV, v. 13.

templo magnífico, que debía llenar con su gloria la Majestad del Altísimo. La incomparable hermosura de su alma atrajo sobre ella las dulces miradas del Espíritu Divino, y mereció escuchar estas palabras de dulcísima armonía: "Toda hermosa eres, y en tí no hay mancha de ninguna especie; tu blancura apenas puede compararse con la del lirio ornamento de los valles; tu dulzura excede en mucho, á la suave luz del astro de la noche; tu pureza es más excelente, que la de los rayos del Sol del mediodía". ¡Cuál hubiera sido, mis hermanos, el amor y la veneración de los hombres, hacia esta mujer singular, si hubieran visto las incomparables gracias de su bendita alma! Mas, muy lejos de esto, confundida entre la muchedumbre de los pecadores, ella, que era objeto de las divinas complacencias, solo se atraía el desdén y la indiferencia de los hombres. Ningún signo la distingue entre las hijas de Eva y participa por tanto de los anatemas fulminados contra nuestra raza pecadora.

¡Oh privilegio incomprendible de la maternidad divina! que, levantando á María, sobre todos los coros de los ángeles pusiste á sus pies á la creación entera; tú heriste su corazón, con la espada de un agudísimo dolor, porque fuiste la causa de que la sombra de una sospecha de infidelidad, atormentase el corazón de su castísimo esposo, hasta que un ángel vino á revelarle el prodigio realizado en el seno de María, devolviendo la tranquilidad á su alma conturbada. ¡Oh maravilla adorable de la virginidad fecunda! ¡Oh castísimas entrañas fecundizadas por el espíritu vivificador, que supo fecundar la nada y sacar de ella el Universo. ¿Qué nueva humillación preparáis á la santísima María?

Ella, mis hermanos, que consentía en renunciar el augusto carácter de la maternidad divina y en no ceñir su cabeza virginal, con la corona de reina del cielo y de la tierra, sólo por no perder el incomparable privi-

legio de su virginidad, que era todo su tesoro, todo su encanto, toda su delicia, toda la vida de su corazón, todo su porvenir, todo su cielo sobre la tierra; ella, mis hermanos, vese condenada á perder, ante el juicio de los hombres, sin salir del rango de las madres comunes, esa virginidad, que era todo su honor y toda su corona. Vedla, suscribiendo ella misma á la afrenta y á las ignominias de nuestra estirpe. cuando se encamina al templo de Jerusalén, para inclinar su cabeza ante un hombre pecador, presentarle á su adorable Hijo, que también se llama el Hijo de José, y cumplir las ceremonias de la purificación legal, ocultando así entre las sombras de la más profunda humillación, todas las glorias de su maternidad divina y todas las maravillas de su virginidad fecunda.

Inclináos, mis hermanos, reverentemente ante los designios de Dios, y confesad, vosotros, que os mostráis tan ávidos de la estimación, de los elogios y de los aplausos de este mundo corruptor y corrompido, que no se puede imaginar un heroísmo superior al de una modestia, que oculta constantemente á los ojos de los hombres, virtudes y exelencias que son la admiración de los ángeles y acepta voluntariamente la indiferencia, el desdén, el desprecio y los oprobios. Pero, descendamos más todavía, en ese abismo de anonadamiento, y veamos las humillaciones que recibió María por la manera con que trataron los hombres á su dulcísimo Hijo. Madres que me escucháis: yo sé que la generosidad, es el más precioso atributo de vuestro amor maternal; yo sé, que sabéis sacrificar con gusto, vuestro reposo y vuestra tranquilidad, vuestra fortuna y vuestro porvenir, y por una desgracia ¡ay! nunca bien lamentable, hasta la salvación de vuestras almas, para procurar á vuestros hijos honor y posición en el mundo; yo sé también que la herida más viva que puede recibir vuestro corazón, la causa, quien humilla,

ofende ó deshonra á vuestros hijos, porque su dignidad es la vuestra, su honor es el vuestro y vosotros no respiráis, no vivís, sino porque ellos viven y respiran. Vosotras, pues, vais á darme testimonio en el fondo de vuestras conciencias, de las humillaciones de María, asociada por la divina Providencia á las infinitas humillaciones de su Hijo; y eso, que vosotros lleváis un corazón generoso, es cierto, pero pequeño, estrecho y siempre contagiado con el egoísmo del mundo; y vuestros hijos, por grandes que parezcan á vuestras ojos, son siempre los hijos degenerados de un padre criminal, sobre cuyas cabezas pesa el anatema de la divina maldición; mientras que María consagra en el fondo de su alma el culto de una ferviente adoración á ese Hijo, que es el mismo Unigénito del Padre.

Mis hermanos: cuando el mensajero celestial anunció á María que el santo niño que iba á concebir sería grande, se llamaría hijo del Altísimo, se sentaría sobre el trono de David y reinaría eternamente en la casa de Jacob, ¿hubiera creído que, al llegar el tiempo de su nacimiento, se vería excluída de todas las casas de Belén y condenada á pedir un asilo, en las toscas peñas de una gruta miserable? ¿Debió pensar que, cuando el impío de Herodes movió contra Jesucristo esa persecución inhumana, que hace estremecer de horror á la historia, en vez de que una legión de ángeles viniera á formar, al rededor del recién nacido, una guardia de honor y de defensa, tuviera ella que peregrinar hacia una tierra extranjera y que vivir en el seno de una nación idolatra? ¿Pudo imaginar que éste nuevo rey, tan pomposamente anunciado por los profetas y cuyo eterno reinado había sido predicho por el ángel, no tendría otra suerte que la de vivir treinta años en el taller del carpintero José, y recibir después, cuando hubiera hecho sentir á los hombres, la influencia de su celestial doctrina y la omnipotencia de su bondadosa

diestra, como únicos símbolos de su reinado absoluto, de su soberanía incomunicable y de su dominación universal, un manto de púrpura, una corona de espinas y un cetro de ignominia? Pero esto no bastaba, mis hermanos, para que se llenase la medida de las humillaciones de María; era preciso que asistiese al sacrificio sangriento del Hijo de sus entrañas. Dime ¡oh mujer incomparable! más fuerte que los cedros del Líbano, ¿cómo pudiste escuchar al pie de la cruz, las blasfemias, las burlas, las fieras ironías y los impíos sarcasmos de esa turba desalmada? ¿acaso con esos oídos, que nunca escucharon sino las castísimas y dulcísimas palabras de tu Hijo y de tu Dios? ¿cómo pudiste ver ese cuerpo sacratísimo que el Espíritu Santo formó con maravillosa industria y divino artificio en tus purísimas entrañas, cómo pudiste verlo desnudo, llagado y ensangrentado y padeciendo los dolores de la crucifixión, los tormentos de la sed y las agonías de la muerte? ¿fué con esos ojos purísimos, que lo vieron mil veces reclinado sobre tu seno y que velaron, mientras tu alma adoraba silenciosamente, ese sueño que cuidaban los ángeles y que no turbaba ningún ruido de la creación? Y cuando lo bajaron de la cruz, ¿cómo aplicaste sobre sus benditas llagas esos labios, que tantas veces imprimieron en su frente de niño oscúlos de veneración y de amor?.....basta ya, mis hermanos: Jesucristo es el varón de dolores descrito por Isaías y María la mujer fuerte pintada por el Sábio. Del Salvador del mundo ha sido escrito que sería saturado de oprobios, y yo puedo aplicar á María esta dolorosa profecía del Salmista: OPROBRIA, EX PROBRANTIUM TIBI COECIDERUNT SUPER ME (1) los oprobios de los que te han insultado han caído sobre mí, porque era forzoso que bebiese yo también hasta las heces el caliz de amargu-

(1) Salmo LXVIII, v. 10

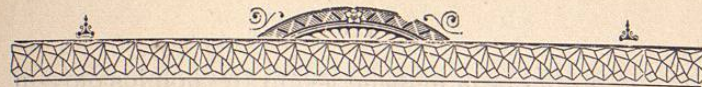
ra y que me cubriese una confusión casi igual á la que debía cubrir á la víctima de los pecados del mundo: CONFUSIO OPERUIT FACIEM MEAM. (1)

Habiendo llegado á este punto, mis hermanos, las humillaciones, los abatimientos y los oprobios de la Santísima Virgen ¿habrá otras, que hieran más vivamente su corazón maternal y que la reduzcan á un anonadamiento, sólo superado por el infinito anonadamiento del Verbo encarnado? Sí, mis hermanos, porque apesar de la ceguedad de los judíos, de la envidia de los fariseos y del falso celo de los sacerdotes, María sabía que su divino Hijo era el Unigenito del Padre, revestido de nuestra mortalidad, que era el santo de los santos y el inmortal Pontífice de la nueva alianza. Si á lo menos, este Hijo adorado la hubiera tributado, delante de los hombres los homenajes que los hijos suelen tributar á sus madres, su corazón se hubiera indemnizado abundantemente de todas las otras humillaciones de su vida. Pero no fué así, mis hermanos. Nuestro divino Salvador, conformándose á los designios de su Padre, consumó, con su conducta, el misterio de las humillaciones de María. El Evangelio no refiere que, en ninguna ocasión la haya dado siquiera el título de Madre que de justicia le era debido; y aquí seame permitido de nuevo invocar el testimonio de las madres para que me digan ¿qué cosa sienten, cuando resuena en sus oídos este dulcísimo nombre: *mi madre*? y qué cosa sentirían, qué desolación tan amarga en el corazón si nunca lo escucharan de los labios de sus hijos? Tú, madre atribulada, madre generosa, madre heroica, madre santa, tú, no sólo pasaste por la humillación de que Jesús no te llamara madre, delante de los hombres, sino que te hizo gustar todas las amarguras de la maternidad, cuando correspondió la tierna soli-

(2) Salmo XLIII, v. 15

ciudad con que le buscabas en el templo y en la ciudad de Jerusalén con esta dura palabra: ¿porqué me buscabais? Y después cuando, movida de caridad, le indicaste respetuosamente en las bodas de Caná que faltaba vino para los convidados, oíste esta severa reprimenda: ¿qué hay de común entre mí y tú?, mujer aún no ha llegado mi hora. Y más tarde, un día solemnísimo, en que María y los hermanos de Jesús desean hablarle sin demora, respondí el Salvador, cuando es advertido de que su Madre y sus hermanos desean verle con una fría desentendencia, ¿quién es mi Madre y quiénes son mis hermanos?, y extendiendo las manos hacia sus discípulos, agrega: he aquí mi madre y mis hermanos. Y por último, para que llegasen á su colmo los rigores aparentes del Salvador, era preciso que asistiese al pie de la cruz, no sólo para saciar su alma en las ignominias y en los oprobios de su santísimo Hijo, sino también para experimentar una parte de la desolación inconsolable que atormentó el alma de Jesucristo. ¡Oh Virgen atribulada! no bastaba que la espada del dolor atravesara tu corazón, era preciso que de los mismos labios moribundos de tu Hijo agonizante partiese la saeta, que debía herirlo hasta el extremo de un desfallecimiento mortal; era preciso que esos divinos labios, que no te dieron el consuelo de llamarte Madre, delante de los hombres, se desplegasen ahora en los momentos de la muerte, cuando todos los hijos se enternecen en presencia de sus madres, se desplegasen, sí, para degradarte solemnemente de la maternidad divina, con esta palabra que sólo tú has podido comprender: “Mujer he ahí á tu Hijo.....”

No puedo más, mis hermanos. Mi mente confundida no puede escrutar por más tiempo, el abismo de esas humillaciones; ha llegado el momento de que yo consuele mi corazón de hijo, cantando las glorias de mi madre; es preciso que cese el escándalo de sus



XV

San Andrés

Sermón predicado, en la capilla interior del hospital de San Andrés, el 30 de Noviembre de 1870.

.....*Qui proposito sibi gaudio sustinuit crucem, confusione contempta.....*

.....*El cual, en vista del gozo, que le estaba preparado, sufrió la cruz, sin hacer caso de la ignominia.*

Epistola de San Pablo á los Hebreos, cap. XII, v. 2.

EXORDIO

Mis hermanos:

LA Iglesia mantiene siempre viva é inflamada la llama purísima del amor, que Jesucristo dejó sobre la tierra en el sacramento de nuestros altares y cuyas manifestaciones exteriores, más singulares y sensibles, son el martirio y la caridad.

La iglesia, señores, es la única institución que puede oponer al egoísmo y á la sensualidad del mundo una enseñanza saludable y un dique eficaz. Unica religión que cuenta mártires en su seno, la religión católica puede decir á la sociedad contemporánea adormeci-

da y gastada por la malicia: levántate; pon los ojos en la cruz en que muere para expiar tus placeres el Salvador del mundo; y si esto no te basta, abre mi historia y no hallarás ni una sóla de sus páginas que no se encuentre salpicada con la sangre generosa de mis mártires.

Y si para curar la sensualidad del mundo, pone la Iglesia delante de sus ojos el martirio de sus hijos, opone igualmente. a egoísmo glacial, que paraliza en las sociedades humanas todos los resortes de la vida, el ejemplo siempre vivo y permanente de la caridad, en que se inmola para socorrer el infortunio: el ejemplo de esos ángeles de misericordia y de paz que, con la sonrisa en los labios, la serenidad en la frente y el júbilo en el corazón, no tienen otro oficio sobre la tierra que el de cantar las alabanzas de Dios y el de aliviar las miserias de sus hermanos.

Martirio y caridad: estas dos palabras resúmen, señores, el Catolicismo entero.

Estas dos palabras son la síntesis magnífica de la ley y los profetas; estas dos palabras contienen, en su sencillez sublime los inefables tesoros de la divina misericordia y las infalibles prendas de la humana felicidad.

Amar á Dios, hasta derramar la última gota de sangre por publicar su gloria delante de los hombres, como lo hizo Andrés, el glorioso Apóstol de N. S. J. C., cuyo natalicio al cielo celebramos hoy; y ejercitar la misericordia con el pobre, animado del santo espíritu que Vicente de Paúl aprendió en el corazón adorable del divino pobre de Belén y del Calvario: he aquí, señores, el compendio de las maravillas que Dios realiza en medio de nosotros, y he aquí, también, el vasto asunto sobre el cual llamo vuestra benévola atención.

Reina de los mártires, consoladora de los afligidos, ¿á quien pedirá inspiración mi pobre palabra para ha-

blar del martirio y de la caridad sino á tí? A tí, que apuraste al pie de la cruz el amargo caliz de los humanos dolores, y que nos diste á luz á nosotros, miserables deserrados en este valle de lagrimas en medio de las angustias de tu corazón maternal. Dignate, pues, escuchar mi humilde ruego. Ave María.

PUNTO PRIMERO

Para comprender, señores, la grandiosa y sublime figura de un mártir de N. S. J. C. es preciso estudiar, siquiera sea á grandes rasgos, el corazón humano.

Los placeres, el honor, la gloria: he ahí, señores, las mágicas palabras que contienen toda la poesía de la vida humana, de ese mundo infinito de ilusiones que ha convertido en venturoso palacio esta triste morada, que ha intentado secar la corriente abundosa de nuestras lágrimas, que ha pedido flores al árido desierto de la vida presente y que ha hecho de los breves y trabajosos días de nuestra peregrinación sobre la tierra, una serie no interrumpida de falsas alegrías, de brillantes posiciones y de méritos supuestos.

Menospreciar, señores, el placer cuando todo en la naturaleza convida á gozarlo; y no contentarse con esto y abrazarse por amor á Jesucristo de la cruz afrentosa en que sacrificó su vida este Divino Señor; huír de los honores hasta el punto de preferir una muerte ignorada é infame dada por la mano de un verdugo y sin que la víctima tenga más consuelo, al exhalar su postrimer suspiro, que oír las maldiciones de sus victimarios; hollar con planta firme y segura, ese ídolo de la gloria humana que ha visto postrados, en su presencia, á los más altos genios del universo, y preferir entregarse á los inauditos tormentos que hace gustar al espíritu, la ignominia y la infamia; esto, señores, excede el nivel común de las grandezas de la tierra. Este conjunto de maravillosas y sobrehumanas elevaciones del alma sobrepasa